

Mexicanas:

Plañid las más dolientes elegías funerarias,
sobre la blanca tumba de los hijos buenos,
mientras llega la hora de execrar la memoria
de los malos

¡Quiera el Cielo, al oír vuestro llanto, per-
donar nuestros yerros y olvidar tanto crimen!

Madre Patria:

En tu templo hay muchos mercaderes y trai-
dores; pero aun te quedan hijos leales aun
estamos en pie los que te amamos, esperando
que suene la llamada de honor de tus clarines,
para marchar a combatir unidos y morir por tu
gloria y tu bandera.

Fortunato Hernández.

México, 16 de Septiembre de 1911.

II

EL DESPOTISMO DE LOS MUERTOS.

II

EL DESPOTISMO DE LOS MUERTOS.

Como asombroso ejemplo de locura colectiva, citará un día la Historia el movimiento revolucionario de 1910, iniciado por un funesto grupo de mercaderes, mexicanos y norteamericanos coligados, bajo la protección indisculpable del Presidente William H. Taft, quien buscando renombre o fortuna se aventuró imprudentemente en el pérfido empeño de sacrificar una república más, la mexicana, en aras del temible, del insaciable imperialismo Yanqui.

Acandilló, en mala hora, la revuelta, un peligroso alucinado, quizás irresponsable, D. Francisco I. Madero, cuya incapacidad mental era ya sospechada por los hombres de ciencia, y fué oportunamente denunciada por el autor de este libro y por algunos otros escritores.*

* En Enero de 1911, el Dr. Fortunato Hernández, confidencialmente comisionado por el Gobierno del Ilustre Presidente Porfirio Díaz, emprendió una vigorosa campaña periodística en los Estados Unidos, a fin de contrarrestar, en lo posible, la perniciosa labor de la prensa norteamericana que decididamente apoyaba el movimiento acandillado por Madero. El Dr. Hernández recorrió la frontera, desde Laredo,

Pero, las multitudes, una vez arrastradas por la fatalidad de su ignorancia y de su instinto, ni escuchan la verdad, ni quieren aceptarla. El pueblo mexicano, seducido por falaces promesas redentoras, se lanzó ciegamente a la contienda, y en un salvaje impulso de regresión evolutiva, que aun persiste, consumó el atentado más funesto para su nacionalidad y su progreso, bajo la influencia incontrastable del contagio social.

Yo no culpo a Madero, el infeliz degenerado, impulsivo y risueño, simulador incomprendible, cuyo enfermo cerebro acumulaba todos los estigmas del histero-epiléptico y todas las extravagancias del maniático; desde la cruel sonrisa de inconsciente, que en siniestro calambre contraía sus labios, aun en presencia de la muerte, hasta las más absurdas concepciones reivin-

Tex., hasta Douglas, Ariz., visitando también Nueva Orleans, Nueva York y San Antonio; y en extensos artículos, como el publicado en el "New York Herald" el 11 de Enero de ese año, y reproducido por los más importantes periódicos americanos, denunció abiertamente el desequilibrio mental del *leader* revolucionario y pronosticó el terrible desenlace que hemos presenciado; recordando los sangrientos motines provocados en el Canadá por otro falso apóstol, el visionario Louis Riel, que murió también trágicamente, habiendo sido ahorcado en Regina el año de 1885.

Pero todo fué inútil: la opinión pública, la simpatía del pueblo americano por la causa revolucionaria; la desmedida influencia de los *trusts* del petróleo y del guayule; la ineficacia de una neutralidad, notoriamente simulada por el Gabinete de Washington, y candorosamente creída por nuestros torpes ministros y flexibles diplomáticos; el inexplicable silencio de la mayor parte de nuestros periodistas, y otros muchos importantes factores, hicieron fracasar el improbable trabajo del Dr. Hernández.

dicadoras, de esa engañosa forma de locura lúcida, designada por los alienistas con el nombre de DELIRIO SISTEMATIZADO RAZONANTE DE LOS PERSEGUIDOS PERSEGUIDORES, a cuya clase y en calidad de místico y político pertenecía el infortunado Presidente, que pagó con la vida los estragos de su demencia y los abominables crímenes de sus colaboradores.

La responsabilidad atenuada, o la irresponsabilidad absoluta, en los casos de locura complicados de imbecilidad moral, sólo puede ser declarada por los médicos legistas; y el caso de Madero, sometido a un estricto experticio de psiquiatras, resultaría no más que un capítulo instructivo de patología mental.

En mi concepto, los culpables, los verdaderos responsables del inmenso daño causado a la Nación, somos nosotros mismos, los egoístas mexicanos, más o menos instruidos, los llamados intelectuales; los que debiendo haber formado, desde hace mucho tiempo, una compacta y poderosa clase directora e instructora del pueblo analfabeta, hemos permanecido indiferentes, inactivos, dejando la política y los asuntos públicos en manos de esos grupos de infames mercaderes sin patriotismo y sin virtudes cívicas. . . . politicastros siempre iguales en todos los Gobiernos. . . . y siempre organizados en camarillas intrigantes que desde hace ya medio siglo vienen monopolizando cargos, poder, influencia y

sinecuras; improvisando farsas electorales, pervertiendo a los funcionarios, engañando a los gremios obreros, expoliando a las clases trabajadoras y oprimiendo sin compasión a las desventuradas masas proletarias....

Hemos abandonado, en su ignorancia y su infortunio, a diez millones de conciudadanos que ni siquiera saben leer, y yo pregunto:

¿En los grandes conflictos de la sangrienta lucha por la vida, qué es lo que de esos diez millones de semi-salvajes podemos esperar?

Mañana, como ayer, vendrá otro falso apóstol a predicar entre ellos un credo redentor y a prometerles una mentida dicha, una quimera: *despojo y opresión para los ricos... tierra, consuelo y pan para los pobres... justicia y libertad para sus hijos....*

Y otra vez seducidos, dejarán el arado, y empuñarán el arma fratricida y la siniestra tea del incendiario, para correr, al fin, desatentados en pos de la postrera y suprema ilusión de los parias... la venganza.

Tal ha sido y tal es el peligro en que vivimos, y para conjurarlo necesitamos dar tierra y pan, justicia y alfabeto a esos diez millones de individuos, que llegarán a ser conciudadanos, cuando tengan un rudimento de cultura, un alma colectiva y carácter nacional.

Es al Estado a quien toca el milagro de encontrar tierra y pan, y es a nosotros, los

que sabemos leer, a quienes toca dar el alfabeto.

Pueblos hay, cuyos hijos al mirar a su Patria en peligro, se han convertido todos en soldados....

¿No podrá el patriotismo convertirnos, siquiera, en maestros de escuela?

¿Esperamos que vengan los maestros yanquis a enseñar el inglés a nuestros indios?

*
* *

Ni suelo propio, ni la misma cuna, ni la unidad de origen y de raza, de aspiraciones e ideales; ni siquiera los lazos de la herencia, de la materna lengua o de la Historia: nada de lo que constituye una Nación, tenían los mexicanos al terminar la década primera del siglo XIX.

Nada teníamos....

Porque el suelo era un suelo conquistado; la raza un cruzamiento de las triunfantes huestes invasoras con la indígena raza subyugada; y la unidad de aspiraciones e ideales, jamás pudo existir entre el vencido esclavo que trabaja y el amo vencedor que le fustiga....

Porque la tradición era distinta, la historia diversa y la lengua era exótica e impuesta....

Y porque, en fin, la desgraciada grey nacida en este suelo que hoy es mexicano, teniendo

por pastores algunos frailes buenos y por amos algunos reyes malos, ni podía constituir un Estado, ni llamarse Nación, sino colonia: era una satrapía regida por dinastas españoles, y se llamaba Nueva España.

Hubo, es verdad, una rudimental civilización, la que alcanzaron las estrenuas razas nahuatlacas, nacidas de la unión de Ixtac Mixcohuatl, *blanca culebra nebulosa*, con su primera mujer Ilancuitl: razas originarias del país de Aztlán, *tierra de garzas*, y Teoculhuacán, *tierra de los que tienen dioses por abuelos*: civilización traída por los aztecas, batalladores peregrinos que lograron edificar Tenochtitlán en el extenso valle o cuenca, de la Gran Mesa Central.

Rica es la fauna y bellísima la flora que engalana los lagos de esmeralda, los jardines flotantes, los bosques y vergeles de este risueño valle de los lirios, eternamente acariciado por el tibio aliento de la fecunda primavera.... Tierra de bendición para esa noble raza infortunada que, en un éxodo casi milagroso, vino en plena epopeya, trayendo sus leyendas y sus penates, desde un país lejano.... muy lejano.... quizás desde el país de los ibis y de los Farao-nes, para buscar un suelo como *aquel* que dejaban... como el *suyo*, donde anidaban garzas... donde todo era *luz y todo blanco*....

Fué aquí, en el centro de este valle, sobre la *isleta de los sauces blancos*, y al pie del espinoso y

simbólico *tenuchtli* escogido por el águila devoradora de serpientes, mensajera de los divinos abuelos; donde el gran agorero Axolohua, el inspirado sacerdote *nahuatlaca*, reveló a los aztecas que el Supremo Tlaloc, *Señor de la Tierra*, daba la bienvenida a los heroicos descendientes de la *Blanca Culebra Luminosa* y a los indómitos guerreros *Ilhuicaminas* y *Tlaecales*, *flechadores del Cielo*, nietos de semidioses e hijos de *Huitzilopochtli*, y les profetizó que *allí* se fundaría Tenochtitlán, futura Capital de un magno Imperio en el que verían ensalzadas sus generaciones....

Y fué aquí, en el fondo de esta cuenca, entonces anegada por los lagos; donde la estrenua raza peregrina, que trayendo consigo sus dioses tutelares venía del misterioso país de las esfinges, edificó el primer humilde templo erigido en honor de la sombría divinidad de sus creencias y construyó el salvaje aduar lacustre que, más tarde, se habría de transformar en la suntuosa Capital del poderoso Imperio Mexicano, para cumplir la profecía del sacerdote azteca.

Pero, un aciago día, vino la horda extranjera, la esperada, la temida, la ya profetizada por los divinos agoreros de la teogonía *nahuatlaca*, y arrasó la ciudad edificada en el sitio escogido por el águila sagrada, devoradora de serpientes, mensajera de Huitzilopochtli.

Y arrasó no sólo la ciudad imperial, sino también la civilización de aquel pueblo de guerre-

ros *tlaccales*, conquistadores de la Tierra, y de reyes *ilhuicaminas*, flechadores del Cielo.

Tenía que suceder... estaba decretado por los hados.

En cuanto a la civilización traída por los invasores iberos, era la deficiente civilización medioeval española, fundada en una de las más antiguas religiones asiáticas, la religión hebrea, con más numerosos ídolos, más absurdos dogmas, y teogonías más complicadas que la teogonía nahuatlaca.

Los dioses del conquistador eran más crueles que Huitzilopochtli.

El dios azteca se conformaba con sangre.

Jehová necesitaba sangre y fuego.

Los sacerdotes nahuatlacas arrancaban el corazón a sus víctimas; los sacerdotes iberos las quemaban vivas.

La horda conquistadora, formada por temibles bandidos religiosos, alucinados, psicasténicos, poseídos del valor despiadado y el sombrío fanatismo de su tiempo y de su raza, no era la llamada a civilizar las tribus conquistadas: la esclavitud no civiliza.

Para que aquella grey de míseros esclavos llegase a convertirse en Pueblo, a formar un Estado y a constituir una Nación, era preciso que, primero, pudiese deshacerse de sus feroces opresores, conquistando su libertad e independencia.

Y sí las conquistó; pero después le fué pre-

ciso pasar por un tristísimo período de anarquía y terrorismo; por una larga serie de sangrientas luchas, tremendas convulsiones y horribles cataclismos.

Aquel heroico pueblo nacía pobre de virtudes y rico de pasiones, valor y fanatismo.

Crecía con dolorosas heridas en el cuerpo y profundos rencores en el alma.

Como funesta herencia, le quedaban vicios, miseria y hábitos perversos... Llevaba acumulados en su sangre los malos caracteres de dos castas y los estigmas de dos razas.

Pero también llevaba algunos nobles rasgos, transmitidos por el atavismo, exacerbados por el cruzamiento y perpetuados por la influencia del medio, aunque un tanto degradados por la falta completa de enseñanza.

Son estos nobles rasgos, heredados de las altivas razas, nativas e invasoras, ya extinguidas, los que debemos cultivar en nuestro pueblo ignaro, cuyo carácter colectivo, en vía de formación, en estado embrionario, requiere urgentemente el gran impulso de la instrucción rudimental, para llegar a un grado de cultura compatible con la rápida marcha evolutiva de las clases instruídas.

*
* *

Ni la intelectualidad, ni la moralidad de un pueblo, son jamás generadas por la acción ex-

clusiva del presente, sino también y, sobre todo, por la acción invisible del pasado.

El alma de una raza es la obra fatal del atavismo, es la acumulación hereditaria en las generaciones vivas, de todos los impulsos, de todas las pasiones, de todas las virtudes y creencias de las generaciones muertas.

Nuestro pueblo, trae en su ardiente sangre generosa, una maldita herencia de crueldad y locura, de sombrío fatalismo y salvaje venganza, que perdura en la raza a través de los tiempos; porque el odio del padre esclavizado se perpetúa en el hijo, aun redimido.

Las hordas de asesinos e incendiarios que actualmente van sembrando el terror y el exterminio en las abruptas serranías del Sur, obedecen despótico mandato rencoroso del alma vengativa de sus antepasados muertos.

Y para combatir el despotismo de los muertos, es necesario crear nuevo carácter e inmensa voluntad en el alma de los vivos. . . .

Mañana, cuando hayamos cumplido el sagrado deber de educar a esos parias; cuando hayamos creado una constitución mental, una alma colectiva, un carácter humano en ese gran rebaño, tendremos el derecho de llamarnos patriotas y el orgullo de haber reconquistado y redimido diez millones de hermanos. . . .

Entretanto, yo creo con Blasco Ibáñez, que *los muertos mandan*: ellos son los que rigen con

absoluto imperio la vida de los hombres sin voluntad y sin carácter; ellos, en el arcano de los siglos, trazan la historia y labran el destino de las razas sin alma, y desde el fondo del sepulcro, en misterioso esfuerzo regresivo, las atraen al pasado. . . . a la ferocidad y a la barbarie, que en remotas edades las impulsó a luchar contra los monstruos de las cavernas primitivas.